

LA AGRICULTURA EN HEUBERG*

VISTA POR TRES GENERACIONES

Evelyn Gillmeister Geisenhof

Desde la segunda guerra mundial la base de la agricultura se define como nueva y la estructura del trabajo de los campesinos ha pasado por un proceso de cambio. Desde esa época hasta hoy el desenvolvimiento ha sido altamente tecnificado a través de las maquinarias, facilitando de esa manera el cultivo y reduciendo la fuerza de trabajo, por lo menos para una parte de la familia. Para los demás, el tiempo y la duración del trabajo permanecen iguales.

Por otra parte, se ha creado una grieta entre el costo de las maquinarias y la ganancia de los productos. Por lo tanto, los agricultores tendrían que comprar nuevas tierras para alcanzar mayor rendimiento o ir

a trabajar a otras ciudades próximas. Las estadísticas muestran una regresión en las empresas agrícolas. En 1950 trabajó un 22% de los profesionales en la República Federal, mientras que hoy se alcanza solamente un 5%, declinando aún más con el tiempo. Debido a las máquinas, el trabajo comunitario está decayendo por completo, lo que origina una separación entre trabajo y vida.

La estructura del pueblo cambia su carácter vital después de la jornada de trabajo. Al encontrarse los miembros de la comunidad en tardes de fiesta, miran con nostalgia el pasado. Un pedazo de vida y una cultura del trabajo se pierde.



Campesinos en Heuberg: con toro, caballo y carreta.

En el caserío de Heuberg no se ha llegado a este extremo todavía. Aquí la agricultura aún tiene su valor cuantitativo. Actualmente hay ocho fincas, y en solamente dos de ellas los agricultores trabajan a tiempo completo. Cuatro mantienen empleo paralelo y dos han cesado definitivamente. El proceso de cambio se podrá mostrar mejor, comparativamente, en términos de generaciones. En la finca de los Weislein viven juntas tres generaciones de mujeres que explican claramente la situación en del campo.

Mina Weickmann nació en 1924 en Weiboldshausen, en una finca relativamente grande, que llegaba a las siete hectáreas; fue la segunda de tres hermanos. La iglesia protestante está sólo a dos kilómetros de la ciudad de Weißenburg, y comparada con Heuberg es no solo mas grande sino mejor organizada, tiene un colegio, algunas tabernas o restaurantes. Mina Weickmann recuerda que ella y sus dos hermanos tenían que ayudar en el campo; antes de la segunda guerra mundial trabajaba también una criada que ayudaba en las labores agrícolas junto a la familia. En el campo se veía a las vacas arando. Cuando la señora Weickmann tenía apenas 10 años ya llevaba casi todos los huevos, de Weißenburg a Kornstock, a una tienda colonial en la calle Jahn y a algunas personas privadas.

Cuenta la Sra. Weickmann que en Weiboldshausen se conservaron las tradiciones durante mucho tiempo, especialmente el Pastor, aunque también su madre cuidaba de que su hija llevase el traje tradicional, por eso la colegiala Mina iba vestida con una falda larga y oscura, una blusa adecuada, un corpiño o chaleco, un mandil y un cesto sobre la espalda rumbo a Weissenburg. Los niños de la ciudad le gritaban al pasar "campesinita" eso le dolió siempre sobre todo porque ella se sentía muy ligada a su propio ambiente.

A pesar de haber crecido en un medio de agricultura, ella no quiso ser nunca campesina; su sueño era de llegar a ser maestra de artes manuales, pues tejía y cosía con mucho gusto. En el colegio la profesora la estimulaba para que llegase a cumplir esta vocación, sin embargo sus padres le dijeron que tenía que quedarse a ayudar en la granja, y que ya era

suficiente el que sus hermanos hubiesen seguido una profesión; uno era ingeniero de construcción y el otro maestro carpintero.

Mina Weickmann tenía 15 años al estallar la guerra y su padre fue destinado pronto a ejecutar labores; iba a Ellwangen para encargarse de los caballos y volvía a casa por las tardes. Los hermanos de Mina tuvieron que ir al frente de guerra cuando contaban 17 y 18 años, y quedaron solamente las mujeres con la cría para enfrentar la responsabilidad de las labores del campo.

Hasta entonces, se habían repartido el trabajo. Los hombres ejecutaban el trabajo físicamente pesado, el arado y la siega de cereales y pastos con la guadaña, mientras que las mujeres ordenaban y formaban las gavillas. El trabajo del establo lo llevaban a cabo juntos, hombres y mujeres, a diferencia de las tareas de casa que eran absolutamente dominio de las mujeres. A veces su madre se ponía contenta cuando hacía mal tiempo, ya que entonces no trabajaba afuera con el padre sino que podía lavar la ropa con tranquilidad aunque demorase en secar. Cuenta la Sra. Weickmann que durante la guerra el pueblo se volvió muy tranquilo, pues faltaban los jóvenes; además, no se podía bailar porque muchas casas guardaban luto por los caídos. Uno de los hermanos no volvió nunca más de la guerra y los padres se apoyaron completamente en la hija, con la que se llevaban bastante bien y tenían una buena relación. A menudo durante el invierno al padre le intranquilizaba que su hija saliese con alguna amiga, entonces le preguntaba: "¿Otra vez vas a salir fuera?"

En 1949 conoció a su futuro marido. Se encontraron por primera vez en casa de su mejor amiga, la prima de Fritz Weickmann, en Oberhochstatt. El había salido de prisión de guerra el 48 y había regresado a casa de su familia. ¿Qué había encontrado? Su finca -de una extensión entre 13 y 17 hectáreas- había decaído, debido a que sus padres estaban frecuentemente enfermos y el trabajo era administrado por una criada. Era muy beneficioso el regreso del hijo a casa para manejar la finca, pero

aún faltaba una agricultora que compartiese con él las labores.

Mina y Fritz tuvieron mucha suerte al entenderse rápidamente el uno con otro, y se casaron en febrero de 1950. Mina Weickmann cuenta que ella quiso que la boda se celebrase en verano, pero el trabajo la forzó a hacerlo antes. El cambio de Weiboldhausen no fue fácil al principio, las campanas no tañían ni una sola vez, sencillamente porque no había ninguna iglesia. Ella desaparecía frecuentemente a la hora del repique de campanas y se iba detrás de la casa quedándose allí y pensando en su tierra a la que extrañaba. Una vez su esposo Fritz vio de cerca su nostalgia y la tomó amorosamente entre sus brazos para que ella percibiese que no estaba sola. Desde esa vez ella se sintió en su casa. Después tuvieron dos hijos varones.

En los años 50, al comprar su primer tractor, el trabajo se tornó mas ligero. En la finca había vacas, cerdos y naturalmente patos y gallinas. Los cerdos servían no sólo por su carne sino también para la venta. Para los criadores de puercos había siempre papas a disposición. Se mantenían entre 17 y 20 chanchos en el establo. Las puercas madres tenían crías dos veces al año y ellas mismas las cuidaban. Las gallinas pudieron correr libremente por la granja hasta los años sesenta, es decir mientras las calles de los pueblos no estuvieran asfaltadas todavía. Luego de 1971 las gallinas fueron ubicadas en corrales. Después de ese tiempo el jardín fue reducido, porque tenían que ampliar el estercolero. De todas maneras, las gallinas podían andar libres hasta dos horas antes de ser encerradas en su corral. Hasta hoy día las personas de Heuberg encierran a sus gallinas por la tarde, ya que algún zorro puede tener la posibilidad de coger una presa.

Cuando Fritz Weickmann cayó enfermo gravemente, ya no pudo hacerse cargo de los trabajos pesados de la granja. Solamente pudo trabajar como portero en una gran empresa. En consecuencia, la finca tuvo que ser dirigida por Mina. Sus hijos y su nuera ayudaron desde 1975 a mantener la granja. En 1978 murió Fritz Weickmann a los 57 años ;

desde entonces ella vive sola en esa antigua y bonita casa, rodeada de una atmósfera especial. Ella vivió los cambios en la agricultura durante la introducción de los tractores, que aliviaron el trabajo en común y lo que éste significaba en la vida comunitaria.

GERDA WEICKMANN: LA CAMPESINA

Nació en 1951 en Kaudorf en los alrededores del distrito de Ansbach, en una granja. Este pueblo protestante es una pequeña comunidad como Heuberg. Los hermanos, en edad escolar, tenían que ayudar en el campo. Los abuelos no vivían ya y el trabajo recaía sobre los padres y los niños. Gerda ejercía las labores agrícolas con gusto y siempre disfrutaba trabajando. Preparada en ese ambiente desde pequeña, soñaba con ser una gran agricultora. Su sueño era el de trabajar en el campo, junto a su esposo y hacer de la vida y del trabajo una unidad.

En casa no había futuro para ella, porque el hermano tuvo que tomar posesión de la finca. A pesar de eso, trabajaba después del colegio en las tareas agrícolas. Posteriormente asistió a la escuela de oficios, y al concluir encontró un empleo en una fábrica de embutidos en Ansbach.

En 1975 se casó con Hermann Weickmann y se mudó a Heuberg. Desde allí se trasladaba a su lugar de trabajo, hasta el nacimiento de su hija Andrea en 1976. Después, su cuñado Fritz quiso hacerse cargo de la finca en Heuberg. Estuvo siempre claro a quién correspondería la finca ya que su esposo no era un auténtico campesino: era electricista, y trabajaba en una gran empresa en Weißenburg. Como la casa allí resultaba muy pequeña, Gerda y Hermann construyeron una nueva cerca de la antigua hacienda. Gerda cuenta que ella no quería prescindir del tiempo en la fábrica porque encontró reconocimiento en su trabajo, del que carecía completamente en la zona. Cuando su hija Andrea cumplió un año, Gerda tuvo la sensación de que el mundo se le venía encima. Buscó otra vez un puesto, esta vez en la ciudad de Weißenburg. Al nacer su hijo Stefan, en 1978, tuvo que dejar otra vez el empleo. Por ese entonces, se dio cuenta de que Fritz Weickmann no

quería hacerse cargo de la granja.

Al casarse, Fritz se mudó de Heuberg; era de imaginarse entonces que Gerda o Hermann tendrían que hacerse cargo de la tareas agrícolas. El trabajo principal recaería sobre Gerda y su suegra, pues Hermann no quería abandonar su oficio y tampoco podían aumentar la producción de la finca sin una ampliación de las superficies de cultivo y sin una reestructuración general, dando por ejemplo un impulso a la ganadería, que aún no había sido implementada.

Gerda se decidió a mantener la agricultura bajo la condición de construir un nuevo establo. Para ella, como madre de dos niños pequeños, la mejor solución era trabajar y su entusiasmo por el doble empleo se había reducido bastante. Al pensar en la época en que sus dos hijos eran todavía pequeños, le sobreviene el remordimiento de haberles dedicado poco tiempo debido al enorme trabajo. Lo peor siempre ocurría por las mañanas cuando ella tenía que terminar las tareas del en el establo y no podía escuchar cuando los niños se despertaban. "Entre tanto, caminaba otra vez a la casa y escuchaba". Incluso cuando dormían la siesta, ella tenía que ir

al campo constantemente para labrar, sembrar o cosechar. Por una parte, estaba contenta de terminar su trabajo mientras los niños estuviesen todavía en cama, mientras que por la otra tenía la inquietud de si en casa todo estaría en orden. Así se movía ella, aquí y allí, entre la casa y el campo, mirando siempre adelante. Después de la siesta los niños iban con ella y jugaban en la chacra. No había mejor solución. Y si aún tuviese otro niño, no podría ser diferente. "Todas reciben una compensación -dice Gerda-, licencia post parto, nosotras campesinas no". Si viviese en el vecino pueblo de Sufferschein, su decisión habría sido más difícil con respecto al mantenimiento de la finca. Allí muchas mujeres no trabajan y hubiera tenido más tiempo libre para sus hijos. Esas familias disponen de más tiempo libre, días feriados y fines de semana.

Aquí en Heuberg todo era muy diferente; los vecinos de Gerda eran agricultores para quienes la relación de trabajo y vida se presentaba estrecha. Gerda afirma: "Uno tiene que ver en un solo sentido Granja y Familia . Ambos sencillamente se pertenecen". Aunque para ella todo está claro, la granja es lo primero, luego la familia y al final ella misma.



Gerda Weickmann en Heuberg acompañada de la campesina aymara Flora Chipana, durante el Intercambio en Alemania

Es completamente consciente de su responsabilidad como agricultora y madre. A través de los años el trabajo en la agricultura ha cambiado, tiene que ser repartido igual cada día, y se hace urgente una correcta dirección. El trabajo está en manos de Gerda, su esposo hasta ahora no ve con buenos ojos cuando sus dos hijos la ayudan en la cocina. Cuando Hermann Weickmann tiene vacaciones, él también trabaja en la granja y Gerda puede hacer más cosas en casa, trabajo que lo mantiene de todas maneras. Así se siente como en un compartimiento. Sin embargo, prefiere trabajar afuera en el campo y con los animales del establo, quizás porque le reporta mayor compensación que el trabajo casero. Especialmente le gustaba mucho trabajar en la corrección de las chacras, porque así pudo ir fuera y encontrarse con la comunidad. Esta ocupación se prolongaba unos meses cada dos años. Para Gerda es muy importante la sociedad; en los 17 años que vive en Heuberg la estructura social ha cambiado mucho.

Anteriormente había más relación entre la gente que ahora. Gerda afirma: "Cada uno mira que no necesite a nadie porque él puede hacer su labor solo". Antes no eran tan radicales. "A veces uno no ve a nadie en el pueblo durante todo un día", así se lamenta Gerda de este proceso de cambio. Antiguamente se sabía quien cosechaba papas y todos iban a ayudarlo, eran más abiertos y había más comunicación. Otro ejemplo puede ser el de los terneros, cuando había algún alumbramiento, acudían también para ayudar, esto ocurría hasta hace cinco años. Hoy hay una persona encargada para ese trabajo o es el veterinario el que lo hace. Continuando su testimonio, Gerda dice: "Cuando tú tienes una máquina o un aparato, entonces no necesitas al vecino, y cuando el vecino no te necesita ves que tú tampoco lo necesitas". La granja de Gerda y la de su vecino que vive enfrente no tienen todavía un "ayudante" en el parto de los terneros. Ellos todavía se ayudan mutuamente.

El techado de una casa era también un trabajo común en el pueblo. "Hoy cada uno se las arregla por sí mismo o llama a un maestro". Gerda observa esta

cooperación entre unos y otros no como una resistencia sino como un mayor enriquecimiento de la vida cotidiana en la que el trabajo en compañía significaba comunicación y entretenimiento.

Hasta ahora Gerda participa con entusiasmo y compromiso en todas las actividades del pueblo, como por ejemplo el aniversario de Heuberg, con la esperanza de que la comunidad se anime nuevamente. La finca y el pueblo son su vida. Económicamente la agricultura no rinde una ganancia significativa; la granja se sostiene, pero "va por su cuenta, para Hermann la granja es un entretenimiento". Cuenta Gerda que su hijo Stefan se interesa por la agricultura, trabaja contento en el campo, después del colegio, desde hace unos años; por eso tiene esperanza de que al menos una generación más sobreviva. Se puede imaginar más tarde haciendo el papel de abuela en la granja.

ANDREA WEICKMAN: LA HIJA

Andrea Weickman nació en Heuberg en 1976, fue la primera de tres hermanos, actualmente asiste a la décima clase en la escuela secundaria en Weißenburg. Ella señala que "...no me interesa la agricultura y no quisiera trabajar nunca en una finca...". Esa perspectiva está fuera de sus planes. Para ello tiene un montón de argumentos: "Es todo tan sucio, no se puede dormir a gusto, hay siempre demasiado quehacer, no se pueden tomar vacaciones, salir fuera es imposible". Lo peor para Andrea es sacar el estiércol...

Cuando era pequeña la llevaban al campo con sus hermanos. Allí jugaban, corrían detrás del tractor y hacía travesuras, también ayudaban, recogían piedras. En el Altmühljura, antes de la siembra hay que ir detrás del tractor y retirar las piedras, amontonándolas en el lindero del campo. Allí los niños encontraron a veces bonitos fósiles, que dejaban aparte y llevaban para casa. En la siembra iban detrás del tractor para tapar las semillas que no habían quedado cubiertas por la tierra.

También ayudaban en el otoño en la cosecha de papas. Andrea recuerda todavía con gusto el "fuego

de papas”, cuando al final se quemaban las ramas. Los niños habían escogido las más grandes y bonitas mientras arrancaban las papas, y las habían dejado a un lado para asarlas en el fuego.

Andrea ayuda todavía con las piedras y en la cosecha de papas, así como en la cosecha de heno, para que la paja esté guardada en el pajar antes de las próximas lluvias. A diferencia de su niñez, Andrea realiza estas labores con disgusto. Ella no quiere trabajar en la agricultura, pero no sabe como salir de la finca: “...entonces no tendría cerdos, ni carne fresca, ni huevos ni tampoco papas”. Esa idea horroriza a Andrea. “La abuela y mamá trabajan aquí en la finca, eso fue siempre así”. Ella nació en el

campo y sabe que salir de él es muy incierto. Su futuro después de la escuela secundaria lo ve muy positivo. Le gustaría estudiar en una oficina de asesoría fiscal en Weißenburg, mientras vive en su casa de Heuberg. A Andrea no le gustaría casarse antes de los 25 años. “Antes quiero conocer el mundo”, conocer “algo más caliente que aquí o que Austria”.

Andrea tiene una clara conciencia del lado positivo del campo y del pueblo, pero no ve futuro para ella en él. La historia de tres generaciones de mujeres de Heuberg muestran no solo el proceso de cambios en la agricultura, sino también las diferentes concepciones vitales frente al trabajo y la familia.

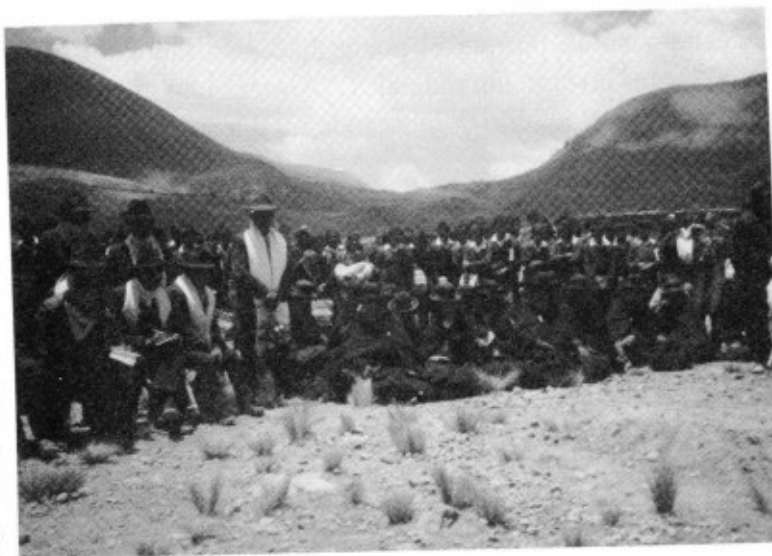
**Heuberg pueblo ubicado en el Estado de Baviera, Alemania*

LA SEMANA SANTA ENTRE LOS AYMARAS *

Gaby Franger

La semana Santa se vive entre los Aymaras como una semana de lucha entre Dios y los hombres con sus enemigos y el demonio. Son días gloriosos en los que las puertas del cielo están abiertas de par en par. Es como un año nuevo para el alma, que en esta semana queda limpia de sus pecados y fortalecida para conducir al hombre nuevo.

Todos piensan en lo que le ha sucedido al Hijo de Dios, en el sufrimiento que ha tenido que soportar. Reflexionan sobre lo que han hecho a lo largo del año y tratan de no hacer nada malo en esta semana. Dios soporta los castigos y la persecución de su enemigo el demonio, por eso nadie debe pelear, odiar o discutir. Solo se matan las culebras, los sapos y las lagartijas, que son animales del demonio. En estos días no se come carne, ni grasa, pues, eso sería como comer el Cuerpo de Cristo. La Semana Santa comienza el domingo de Ramos. En el mercado se adquieren plantas aromáticas, alimentos y agua bendita. En muchas comunidades



Hombres y mujeres se visten con ropa oscura y se reúnen para reflexionar.

se organizan grupos de oración, dirigidos por catequistas, el patrón de la Fiesta y personas importantes del lugar. Los ancianos, las chicas y chicos se encuentran por separado en la iglesia para rezar y cantar. Durante la semana se queman plantas

aromáticas en las casas. Cada familia va a la iglesia para pedir salud.

Antes del Jueves Santo se prepara la tumba de Cristo. El miércoles por la noche mucha gente se reúne en la iglesia, en la casa más vieja del pueblo o en la casa comunal, en la que la tumba ha sido preparada. A las doce, con unas latas llenas de piedras se simula un desprendimiento. El ruido significa la muerte de Cristo. Todo el mundo empieza a llorar, a quejarse y viste ropa oscura. Rezan por el perdón de los pecados. Así comienza la guardia de la muerte de Cristo, en la que se turnan las plañideras hasta la madrugada del sábado, cuando Cristo resucita.

El Jueves Santo todos ayunan. Muchas familias van a los cerros y buscan diferentes plantas, hierbas curativas y el ichu, la hierba de las alturas de los Andes. En la ascensión arrancan el ichu con una sola mano y lo atan con una cuerda, esto significa la limpieza de los pecados, los que no pueden atar el cordel es que no tienen fe en Dios y seguramente no quedarán limpios de sus pecados. Cuando en el trayecto hay un cruce de caminos, la familia, dirigida por el padre, forma un círculo, rezan y se sacrifican de rodillas. Cada uno debe levantar varias veces su ramo de hierbas; se le pide a Dios el perdón de los pecados, la bendición y una buena salud. El miércoles a las doce bajan otra vez, después de haberle pedido permiso a Dios.

Se dice que el Jueves Santo el cielo esta abierto y allí se realiza una gran ceremonia en honor a Cristo, "Dios bendice ese día todas las plantas y seres vivientes de la Tierra". Por eso se recogen hierbas curativas, esos días tienen una gran eficacia. Algunos, que están muy tristes y tienen suficiente fe, oyen ese día las campanas del Cielo. Las noches del Jueves y del Viernes Santo los jóvenes participan en la liberación de Cristo, para lo cual roban algo del campo. A las siete o las ocho de la noche dejan su casa y deben coger algún fruto del campo o algún animal pequeño, según lo que encuentren. En algunos lugares queman una imagen de Judas.

El Sábado Santo, a las dos o tres de la mañana las campanas de la iglesia dan la señal que Cristo se salvó. El más anciano del pueblo y las personalidades miran el féretro vacío, de donde habían sacado antes la imagen de Cristo sin que nadie se diera cuenta. Todos gritan alegres "Dios vive". Se quitan la ropa oscura y se visten de colores. Un grupo de músicos comienza con la primera melodía y todos empiezan a bailar. Se sirve alcohol, que no se ha bebido en toda la semana. Los bailarines cantan "Pascua, Pascua, todo me ha sucedido". Intercambian pequeñas ramas de quinua y otras plantas. Por la mañana, alrededor de las diez se forman grupos de danzantes y músicos, y así transcurre la víspera de Pascua, con alegres fiestas.

La fiesta termina el lunes de Pascua con la partida de las personalidades visitantes a sus comunidades.

* Fuente: Instituto de Estudios Aymara, Boletín Ocasional No 19, Semana Santa y Pascua en la cultura Aymara, Chucuito, Perú, 1975



El sábado santo con el grito de "Dios vive" todos empiezan a bailar.

COSTUMBRES DE PASCUA EN HETZLES

Gaby Franger

La Semana Santa, con sus preparativos para la fiesta de Pascua, comienza en Hetzles la víspera del Domingo de Ramos, cuando la juventud del pueblo recoge ramos de palma para que sean bendecidos al día siguiente.

El Domingo de Ramos se reúne toda la comunidad de la iglesia en la nueva escuela, donde se bendicen las palmas y pasan todos en procesión, cantando hasta la iglesia. En casa quedan las palmas bendecidas ante el altarcito, para que traigan suerte.



Oracion en Hetzles

El Jueves Santo, cuando según la antigua tradición de la iglesia

“mueren las campanas”, comienza en Hetzles “la cencerrada”. En cada casa hay matracas de madera, conservadas generación tras generación, de padres a hijos. Las nuevas matracas que se fabrican siguen el modelo antiguo. Los escolares, bajo la dirección de los jóvenes de la sexta clase -a los que se llama los “maestros”- se reúnen a la entrada del pueblo con sus matracas de madera para anunciar las horas del día.

Comienzan a las seis de la mañana diciendo en coro: “Ahora anunciamos el Angelus, que cada cristiano católico debe rezar Ave María Gratia Plena”. A las diez, cuando en cada casa comienzan los preparativos para la Pascua, los jóvenes dicen: “Kyrie eleison, anunciamos el fin del trabajo”; por la tarde después de la iglesia, se anuncia otra vez el Angelus.

Los que anuncian son los “maestros”; ellos pasan a través del pueblo, se reparten por la callejuelas y se encuentran por último en el campo, ante la cruz del granero. Por la tarde todos los chicos rezan allí el Angelus, mientras una niña enciende una luz ante el crucifijo. Después de terminar las oraciones van los “maestros” a casa de uno de los participantes y allí duermen todos juntos en un cuarto con colchones. A las seis de la mañana están otra vez despiertos y anuncian el Angelus.

El viernes Santo por la tarde, después de la oración del Angelus, van los jóvenes con camisetas blancas hasta la cruz del granero. Antes existía la costumbre de llevar antorchas encendidas y ejecutar arriesgados saltos en la oscuridad de la noche. Era una vieja tradición, con la cual representaban la resurrección y la transformación de los muertos, de la que se habla

en el Evangelio de Mateo (cap. 27 vers. 52, 53). En la mañana del Sábado Santo van los "maestros" de casa en casa para reunir su salario -huevos y dinero-. La riqueza es distribuida equitativamente. Con el rezo de las doce ante la cruz del campo termina la Cencerrada.

Desde hace algunos años el Jueves y Viernes Santo se adorna en Hetzles el pozo de Pascua. Esta tradición procede de otros lugares situados en las alturas de los montes, donde el agua escasea, Hetzles queda en un valle y no tiene problemas de agua. La tradición consiste en que cada primavera, después de las heladas del invierno, la comunidad limpia y repara los pozos y las fuentes del pueblo. Los pozos limpios son adornados con cintas de colores y ramas de abedul. Después de la II Guerra Mundial se añadieron cáscaras enteras de huevo, pintadas.

A las nueve de la noche del Sábado Santo se celebra la resurrección. Antes del servicio religioso es bendecido un fuego en la plaza de la iglesia y en él se encienden las candelas de Pascua. Durante el servicio religioso se bendice el agua bautismal; los campesinos la llevan para en la noche regarla sobre el campo y pedir una buena cosecha.

Existen también en Hetzles las "cantoras de Pascua". Son mujeres quienes la noche del Sábado Santo cantan a imitación de las que fueron a la tumba de

Jesús y la encontraron vacía. La señora Braun canta esa noche en Hetzles desde 1954, el año en que se casó. Se cantan solo viejos cantos cristianos, que hablan de María, la Resurrección y los Sacramentos. Estas canciones se transmiten de las viejas cantoras de Pascua a las jóvenes. "Cerca del cementerio comenzamos con una canción para los muertos; la segunda estación es la Iglesia, allí es una canción de Resurrección; en la gruta de María son cantos a la Virgen; ante los crucifijos, canciones sacramentales y de resurrección.

"Entre nosotras no hablamos, vamos calladas. Cuando yo comencé eran todavía mujeres viejas, que no se dejaban ver por nadie. Entonces no había autos, como ahora, pero cuando se encontraban a alguien que venía del trabajo, se escondían y esperaban hasta que hubiera pasado. Antes andábamos en los rincones, ahora vamos sencillamente en medio de la calle...". Se echa una semilla de Pascua -semilla de cereal- en el campo y otras semillas se colocan delante de la puerta de las personas a quienes se quiere desear suerte. También el lavado al amanecer es parte de esas costumbres. Las mujeres se lavan calladas: "debe hacerse a solas, pero nosotras lo hacemos también en grupo, aunque a veces, alguna desaparece silenciosamente, sumerge las manos en el riachuelo y deja correr el agua sobre la cara y las manos. Yo creo que es una costumbre muy antigua".



El pozo de pascuas adornado

“Cuando yo llegué aquí, la gente en cuyas casas se cantaba ofrecía a las cantoras un pastel para la tertulia... Ahora, la mayoría de las veces algún sábado después del Sábado Santo hacemos una pequeña peregrinación a una capilla de las cercanías”, nos relata la señora Braun quien es natural de Effeltrich. Ella cantaba desde muy joven en su pueblo natal y ahora lo hace en Hetzles desde que se casó.
“El domingo de Pascua cada miembro de la familia

lleva al servicio religioso un huevo cocido en Jueves Santo, sal y algunas veces pan en un cestillo para la bendición de la comida. Los alimentos benditos son repartidos por la madre antes del almuerzo y cada miembro de la familia recibe una parte. Antes los huevos estaban pintados de rojo, azul y verde, ahora se mezclan también otros colores. Las cáscaras de los huevos se queman juntas. Los huevos son una imagen que significa la nueva vida y la resurrección”.



Bailando en Huacullani - Puno durante el intercambio